

YO LO MATÉ

Eler Santoyo Aguayo



VEINTISÉIS DE OCT.

Y
ANCIANO ES ABANDONADO EN HOSPITAL SAN

Capítulo 1

PRÓLOGO

Me preguntas ¿Qué le diría? Pues lo que siempre he querido decirle:

¡Cómo te extraño papá! Cuando estoy rodeado de gente y alguien se acuerda de ti, te recuerdo con una sonrisa que me pinta la cara, pero cuando estoy a solas, conmigo mismo, lo hago con lágrimas en los ojos. Ahora que no estás y que te fuiste, comienzo a darme cuenta de lo importante que siempre fuiste y que, encerrado en mi pubertad, no lo notaba. Comienzo a necesitarte para contarte las cosas que he logrado desde tu partida.

Sin duda le diría que su muerte, me afectó más de lo que la gente que no me vieron llorar se imaginan. Le diría que, aunque no lloré frente a su ataúd, mi alma y mi espíritu estaban destrozados, hechos pedazos como una taza que se estrella contra el concreto.

Sí. Ahora que lo medito, es cierto. Me arrepiento no haber llorado frente al cuerpo frío y sin el aliento que nos permite pasar del barro a seres humanos, del hombre que me dio su vida, del ser que luchó con todas sus fuerzas para que yo pudiera vivir las cosas que él no pudo, pero de nada sirvió. Se sacrificó tanto por mí y yo le pagué de la peor forma: dándole la espalda cuando más me necesitaba. Lo dejé morir solo, postrado en esa cama. No me importó que sus lágrimas inundaran sus ojos arrugados y deseosos de seguir viviendo. Yo lo maté.

Capítulo 2

EL VIAJE

"Lo que es del polvo, vuelve al polvo". Eclesiastés 12:7. Santa Biblia.

Cuando ninguno de nosotros pudo mirarlo a los ojos, entonces, se quebró. El viaje a Piura se lo pasó llorando. Imaginando que la vida es tan corta y tan mezquina. Te da poco y te quita todo. Es pasajera. Saber el tiempo que te queda de vida no es tan bueno como parece. Vives contando los días y anhelando que las horas no pasen para que puedas estar un instante más disfrutando de lo que lograste con lo poco que te dio la vida.

Dieciocho horas de sollozos. Dormía por momentos sin querer hacerlo. Estar despierto era sentir que el cáncer le arrebatava minutos valiosos de su existencia.

— ¿Está todo bien? —preguntó la chica de minifalda que conversaba con el tipo al otro lado del pasillo central.

— Sí. —Respondió papá sin despegar la vista de la puesta de sol que se desdibujaba como una película clásica a través del cristal.

— ¿Por qué lloras?

— No es nada.

— ¿Te da miedo viajar solo? —insistió mientras cruzaba la pierna.

— No.

— Cuéntame, puedes confiar en mí.

Papá volvió la vista. Era imposible no quedar maravillado con esas piernas blancas de porcelana que aparecían por debajo de la falda jeans. Llevaba tres mariposas tatuadas sobre las plantas trepadoras que parecían nacer de más arriba del muslo.

Hacía mucho que no estaba tan cerca de una mujer así. Pensó en lo bien que se sentía respirar aquel perfume con sabor a juventud y vida. Con aquella voz débil y sensual que parecía susurrarle las palabras. Tenía una

voz erótica.

Papá viajaba mucho por trabajo. Mas estaba fuera de casa que adentro. Siempre se hacía a la idea que en alguno de sus viajes iba a tener la suerte de compartir el asiento con una jovencita sensual, con quien entablar conversaciones que terminen en galantería y coqueterías. Pero tenía la suerte inclinada y terminaba viajando con algún gordo que roncaba más fuerte que él. O una señora con dos o tres hijos que le lloraban en el oído mientras esperaban que su madre les cambie el pañal cagado. Una vez viajó con un señor que le rebasaba la edad por una década y que soltaba flatulencias más fuertes y podridas que las suyas. Ninguno se soportaba. Lo tachó como el peor viaje en bus de toda su vida. Pero en esta ocasión no fue así.

— Eres muy pequeña para comprender lo que me sucede. —Le respondió mi padre mirándola a los ojos en los que pudo notar un grito desesperado, silenciado y renegado entre esa mirada que había vivido tanto en tan corta edad.

— Quizás lo sea, pero si no me cuentas no sabrás si en realidad soy tan bruta como lo insinúas.

Se quedó callado. Prefirió suprimir cualquier respuesta que permita entablar una conversación. Quería estar solo. O al menos sentirse así para poder procesar lo que llevaba dentro. Regresó la vista y se perdió nuevamente a través del cristal.

Por una extraña razón ella se sentía comprometida a intentar calmar al hombre que lloraba recostado sobre la ventana. Buscó con la mirada para lograr encontrar una botella de agua entre la bolsa de mercado que utilizaba como equipaje de viaje m papá. No había.

Ella también había olvidado comprarse una antes de embarcarse al bus que tuvo que sobreparar para que se monte a las seis ruedas.

Volteó a la derecha. El pasajero al otro lado del pasillo tenía dos botellas. Lo había dejado con la palabra en la boca porque ya no le interesaba seguir conversando con el que solo le miraba los pezones remarcados a través del top verde.

Miró más atrás, nadie la podía ayudar. Solo él. Pensó que valía la pena volver a seguirle el coqueteo a cambio de una botella de agua.

— Perdón, ¿Qué me decías de tu casa? —preguntó con una sonrisa pícaro mientras con la mano jugaba con su cabello.

— Que si deseas puedo darte posada. Tengo una casa grande muy cerca al terminal, tiene piscina y por las noches podemos salir en mi auto a

pasear y mostrarte la ciudad.

— Ah, ya. Lo pensaré. Aunque solo estaré un día por tu ciudad, luego regresaré.

— Pero tenemos la noche para salir y tomarnos algo. Yo te llevo en mi carro a todas partes.

— ¡Como si fueras mi chofer! —dijo ella fingiendo una sonrisa sincera.

— ¡Claro! Me encantaría ser tu chofer. Sería genial compartir contigo un instante más. Un amigo no le hace mal a nadie.

Ella fingió la misma sonrisa estúpida de hace un instante.

— Y tu carro... ¿por qué no viajaste en él?

— Es que salí de Piura justo cuando tenía el carro en el taller. Además, viajar hasta Lima en mi carro es muy cansado.

Ya era suficiente conversación por una botella de agua, pensó.

— Disculpa, podrías regalarme una botella de agua. Estoy viajando con mi padre —susurró con el pulgar hacia la ventana— y debe tomar su pastilla.

— Claro. Toma.

Fue la última vez que se dirigió a él. Le recibió la botella y le agradeció.

Le tocó el hombro, él volteó.

— Bebe un poco de agua, te hará sentir mejor.

Cogió la botella. El agua aún estaba helada. Bebió un sorbo. Sintió que el líquido invadía su estómago. Tragó un poco más. No dijo ni gracias.

— Me haces recordar a mi abuelo. Tenía la cabeza blanca igual a la tuya.

Siguió tomando agua sin pronunciar palabra alguna.

— Mi nombre es Ariana. Pero en mi trabajo todos me llaman Antonia —se aproximó un poco para verle los ojos —¿Ya te animaste a decirme qué te pasa?

Separó la botella de sus labios. Respiró profundo. Sus ojos irritados pudieron perderse en la mirada de Antonia.

— Moriré... pronto me voy a morir. —Contestó.

Capítulo 3

2

Estuve ahí cuando aquella mañana mi papá llegó al hospital. Caminaba lento sujetado a mi brazo, con la mirada perdida en el espacio en el que daría su siguiente paso y el siguiente y el siguiente.

Yo miraba a los costados e imaginaba que le hacía el amor a la enfermera bonita que se había cruzado por nuestro lado, empujando la silla de ruedas del anciano canoso de la camisa a cuadros. Era muy bonita. Sus caderas anchas se tambaleaban al compás de sus pasos como si fuera un pedazo de mar siendo sometido por un tornado. Así también se movían mis hormonas entre mis pantalones.

Giré hacia mi padre y él seguía sin voltear a ningún lado. Ni siquiera levantó la vista para saber en qué consultorio lo iban a atender. Yo lo guiaba y con eso le bastaba. Se dejaba llevar como lo hace un barco de papel sobre un poco de agua.

—Aquí es, siéntate —le dije.

Lo sujeté con ambos brazos. Él se apoyó con una mano en la silla y con la otra también se sujetó a mí para evitar que su peso le causara mucho más dolor.

Me senté a su lado sin mirarlo y pensé en lo mucho que había pasado desde la última vez que estuve con él. Ya no era el hombre fuerte a quien recordaba desde pequeño. El que iba a la chacra con el hacha a cortar los Algarrobos que daban sombra al maíz. El que jugaba pelota y vóley con mi mamá y los vecinos. Los años habían pasado tan rápido y yo me había vuelto tan desagradecido con quien luchó por verme grande y sano.

—Tienes que cuidarte, hijo, para que cuando seas viejo no pases por este tipo de circunstancias.

—Tranquilo, pa' todos los hombres estamos condenados a sufrir de la próstata.

— No, hijo, algunas mujeres también...

Por alguna razón me hizo sonreír. Él siempre me hacía sonreír.

—Me duele mucho y tengo ganas de orinar... pero tengo miedo que me

duela más.

Me invadió la tristeza por no entender el tipo de dolor que estaba sintiendo. Deseaba tener una varita mágica o un poder extraño que me permita aliviarle las entrañas.

—No creo que te duela, siempre me has dicho que jamás un soldado ha sentido dolor alguno.

Era sarcasmo y sonreí para que no pensara que estaba siendo un tanto insensible con su situación.

Él lo entiendo y sonrió.

—Tranquilo papi, todo va a estar bien, seguro es una fuerte infección urinaria.

—Ojalá, hijo...

La doctora lo llamó para darle los resultados de la biopsia. Él ingresó, luego de un momento también me hicieron ingresar.

Era cáncer. Cáncer a la próstata.

Han pasado doce años desde aquella noticia. Un lago se crea entre mis pupilas cuando recuerdo la expresión en sus ojos al recibir la noticia.

Era un hombre fuerte, siempre lo fue.

Cuando se veía al espejo y se miraba las canas lanzaba la misma frase: yo me siento joven, es el cuerpo el que está cansado y viejo. Se sentía fuerte, lleno de vida, aunque las rodillas no lo dejaban caminar acelerado y de vez en cuando se cansaba más de lo común al subir las escaleras cuando llegaba a visitarme al cuarto del tercer piso en el que vivía.

Aquel instante cuando recibió esa noticia sobre la camilla, sentí por un momento su miedo, su desdicha, su rabia. Se dio cuenta que los años habían carcomido el barro del que fuimos creados. Por primera vez se sintió enfermo. Se sintió viejo.

Salimos del hospital con la receta de pastillas en una mano, al parecer con esas le aliviarían el dolor y le permitirían abrir la compuerta de la vejiga y orinar. Desprenderse de esa presión que parece apretarle los genitales con una llave inglesa con la intención de hacerlos explotar.

Llegamos a casa. Mi hermana y mi mamá ya se habían enterado. Sus voces se estremecieron naturalmente con la noticia, surgieron preguntas detrás de más preguntas. Las contesté todas y cada una con las mismas

respuestas que la doctora me las había contestado cuando caí en un hoyo de desesperación frente al resultado de los análisis.

Abrimos la puerta y se dispararon las teorías y las hipótesis como si fueran ametralladoras en campo enemigo.

La solución saltaba a la luz. Tenía que operarse. El cáncer recién estaba apareciendo. Le quedaba mucho por vivir. Solo tenían que extirparle la zona comprometida. Quitársela. Retirársela como si fuera un poco de mogo en tu mesa de vidrio.

—¡No! no, quiero que me operen.

—¡Papá, por favor!

—Si voy a morir quiero hacerlo completo. ¡Y no como un hombre a la mitad, que solo tiene el título de tal, sin tener los huevos bien puestos que lo demuestran que lo es!

La conversación se extendió por más de dos horas y no pudimos hacerlo cambiar de opinión. Cada uno exponíamos el por qué debe operarse. Intentábamos persuadirlo, convencerlo como si fuéramos un político en su último mitin de cierre de campaña. No lo logramos.

La intervención era delicada. Al operarse había un alto porcentaje de curarse, pero el precio sería perder la libido sexual.

¿Qué es para un hombre con más de 60 años perder las ganas de tener sexo? ¿acaso es más importante que evitar morir por un cáncer maldito?

—Señor -le dijo la doctora en el consultorio- debe operarse lo más antes posible, sino lo hace será muy complicado obtener los mismos resultados.

—¿Cuánto tiempo me queda? -Preguntó mirando al techo, con la esperanza de que el tiempo sea el más largo posible.

—Si se opera y toma pastillas para controlar el cáncer, le quedan más de diez años. Es mucho por vivir, estará con sus hijos con su esposa... estará con vida.

—¿Y si no me quiero operar?

—¡Señor, tiene que operarse!

—Es una decisión mía doctora, solo dígame cuánto tiempo me quedaría.

—Darle un tiempo exacto sería divagar en mi diagnóstico.

—No necesito un tiempo exacto, me conformo con que sea aproximado. ¿Cuánto tiempo me queda si no me opero?

— De Seis a doce meses., señor.

Cuando las cosas nos salen mal, acostumbramos voltear nuestra mirada. A veces hacia el horizonte, otras al cielo. Lo hacemos porque intentamos encontrar un alivio en aquel punto perdido. Sentimos que si miramos a otro lado se iluminará nuestros pensamientos con alguna solución inesperada, con una operación algebraica en la que la respuesta no estaba contemplada al despegar "X" y "Y" que el cosmos ni sabía que existía y nosotros logramos encontrarla. Pero la realidad es dura y la vida, en estas circunstancias, despiadada.

Mi padre miró al piso porque su norte se había perdido entre la desesperanza y su corto circuito, y yo a los ojos de la doctora.

Lo entendimos. No había solución. Sin la operación moriría.

—Gracias doctora—. Pronunció.

Clavado al piso asintió con la cabeza consecutivamente como si fuera un perrito decorativo de los que compran los taxistas y que nunca deja de mover la cabeza. Estaba sumergido entre sus pensamientos. Despejaba "X" y "Y" de esta terrible noticia, pero la resolución solo daba el mismo resultado: operarse o morir.

Capítulo 4

3

Las horas pasaron. Ariana se quedó callada. Recostó su asiento y se dispuso a dormir.

Cuando despertó el bus estaba en silencio y se escuchaban ronquidos por doquier. El extraño anciano moribundo parecía también dormido.

Las horas bailaban en los péndulos de media noche. Ella le susurró algo al oído y luego siguieron conversando.

Ariana realizaba este viaje para despejar su mente y encaminar su vida. No se quedaría un día como había mentido horas antes, sino, por el tiempo que sea necesario. Estaba cansada de su trabajo. De la rutina. Del estrés y el ritmo de vida que te obliga a vivir el ambiente de la capital. Había golpeado a su jefe, pero antes, había roto unos vidrios de la ventana al interior de su centro de labores. No querían que se marche porque necesitaban de su talento, de sus ganas únicas de cumplir con la empresa. Era la mejor en su área. Le habían dicho que no le pagarían la semana de trabajo con la intención de retenerla.

Se enfureció. Golpeó a todos y destruyó cuanto pudo, sin pasarse del monto semanal que le retenían.

Se marchaba porque ya no tenía por quien luchar. Su abuelo había muerto dos días antes. Hoy por la mañana lo habían cremado y sus cenizas yacían en la maleta del bus.

De sus padres no sabía nada. La desconocieron de hija cuando llegaron de viaje después de tres años y se dieron con la sorpresa que nuevamente les había engañado diciendo que iba a la universidad, cuando no era cierto, sino que se gastaba el dinero en su abuelo. En su tratamiento a su Alzheimer que sus padres se negaban a pagar.

Cuando llegaron de viaje a Lima fueron a la universidad a preguntar por su hija. Pero solo aparecía la matrícula y ninguna asistencia.

No les dijo la verdad. Solo se quedó callada mientras sus padres deducían que el dinero estaba en las botas nuevas, en los gastos con sus amigas. En todo menos en sus estudios. Se fueron derramando cuantas lágrimas tenían en sus ojos, decepcionados de la única hija que tenían. Nunca más

supo de sus padres y la dejaron a su suerte al cuidado de su abuelo.

En sus momentos de lucidez, los cuales eran pocos, el abuelo lloraba por todo el daño que le había causado. Se sentía culpable del estado de su nieta y decepcionado de la actitud de sus hijos.

Déjame que muera solo. Ábreme la puerta y te prometo que cuando vengas ya no me encontrarás. Será lo mejor para ti Ariana. ³/₄le decía llorando el anciano de ochenta y tres años

Pero ella jamás lo hizo. Cuando regresaba del trabajo conversaba con él. Le contaba todo lo que le había pasado.

Cámbiate de trabajo. Busca un lugar en el que valoren tu esfuerzo. Deja de trabajar y quédate conmigo todo el día. No me dejes solito. ³/₄solía rogarle en medio de sus lagunas.

Un paro cardiaco lo silenció para siempre. Cuando ella regresó del trabajo su abuelito ya estaba muerto. No disfrutó sus últimos días de vida. Pensar que en cualquier momento moriría empeoraba su frustración. Tenía un marcapaso que no resistió más. Seguro que sintió alguna impresión fuerte y el corazón se le detuvo. El cadáver estaba frío. Había muerto a las seis de la tarde justo cuando ella recién salía a trabajar. Seguro que no quiso quedarse solo en casa y se puso a llorar. Fue el detonante.

Por ello, ha decidido cumplir lo que su abuelo le pedía. Cambiarse de trabajo. Por eso va a Piura, a buscar a sus padres y contarles la trágica noticia.

Aunque primero quiso regalarle un poquito de felicidad a quien pronto moriría. Un poquito de aquello que su abuelo hubiera deseado tener antes del descanso eterno.

En aquella madrugada la conversación se extendió durante horas. El bus avanzaba al igual que su conversación. Ambos hablaban despacio para que los demás viajeros puedan disfrutar su sueño.

Al siguiente día, ella se despidió con un beso en la mejilla y cada quien tomó un camino distinto. Mi padre a lavar pescado y ella a reencontrarse con sus padres.

Lo que conversaron solo la madrugada lo sabe. Pero él caminó más animado que nunca, con un billete menos en su billetera.